

PRÓLOGO

De la teoría a la práctica, visibilizar las religiones en el aula

Francisco Díez de Velasco¹

La acción de visibilizar se construye al compartir miradas e intercambiar, en palabras de Peter Berger, “modos de ver”. Requiere, siguiendo al último Ricoeur, deambular por los “caminos del reconocimiento”. Pero también se manifiesta por su contrario, la invisibilización, ese renunciar a mirar hacia ciertos lugares en los que podemos encontrarnos desamparados ante la imagen que refleja el espejo de nuestra propia ignorancia. Se trata de procesos de interacción que se producen en el espacio social y, con tanta fuerza, pueden incidir en el educativo y que han sido bien definidos desde el punto de vista teórico y bastante bien estudiados, pero centrándose, en mayor medida, en campos como el racismo, la inmigración, la acción política, la producción mediática, los estudios de género – entre otros – o de la cibernética. En general, es de destacar que se ha incidido menos en su estudio en lo relativo a las cuestiones de índole religiosa. Y es que visibilizar resulta una actitud de toma de conciencia, un compromiso activo, poniendo de relieve lo que podría resultar más cómodo o más comúnmente aceptado soslayar. Hay que evidenciar también que la religión parece configurar desde la(s) Modernidad(es) uno de los campos donde, del modo más claro, la pulsión colectiva hacia su invisibilización o el escamoteo – y, en general, la estigmatización – suele ser más fuerte y persistente.

¹ Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid y licenciado en Antropología por la UNED (Madrid). Actualmente, es catedrático de la Universidad de La Laguna, Tenerife, Islas Canarias, España (perfil: Historia de las Religiones) y responsable por dicha universidad del máster interuniversitario en Ciencias de las Religiones. Miembro del grupo de investigación HISTOREL (Historia de las Religiones) de la Universidad de La Laguna. <https://fradive.webs.ull.es> Orcid: 0000-0002-9913-4580.

La escuela es quizá el lugar donde la invisibilización de lo religioso puede resultar más perniciosa, porque enquistada una doble ceguera, casi siempre hacia las creencias o hacia la increencia, pero también hacia los menos, los pocos, las minorías, los diferentes. Cierto es que las premuras, la falta de tiempo, la inseguridad de adentrarse en campos que se conozcan con menor solidez, resultan, en muchas ocasiones, cortapisas para llevar a la práctica docente del día a día lo que puede ser, en teoría, un diseño curricular coherente, completo y bien construido. Se puede tener la tentación de dejar para ese final del temario que nunca se alcanza o para mejor ocasión, invocando la transversalidad para descargar en otras materias y en otros docentes, esas partes que menos cómodas resulten. Por ejemplo, ese difícil reto que puede resultar explicar de modo equilibrado y respetuoso que haya quienes no le den importancia a las creencias religiosas o que haya quienes frente a la mayoría sean tan pocos que parezca que no importan, o que sean tan diferentes, tan marcados socialmente, por lo que Joan Prat denominó “el estigma del extraño”, que resulte casi obvio que dejarlos fuera resulte lo más operativo, desde el punto de vista de esa práctica docente que se necesita anclar en el “desierto de lo real”, en la muchas veces anodina realidad del aula.

Pero sería un gran engaño, pues hay que tener en cuenta que la Escuela forma a quienes habrán de enfrentar un mundo futuro en donde lo que nosotros, como educadores, podemos estimar desdeñable, les resulte a nuestros estudiantes de gran necesidad conocer. Utilidad sí, pero también tónicos para el carácter, para aprender a interiorizar, a hacer cuerpo con uno mismo, ese respeto a la diferencia, que es un valor clave en cualquier modelo educativo que, en la senda que promueve la Unesco, se abra a enseñar la diversidad de un modo que verdaderamente permee la cotidianeidad del aula, y no solo constituya un elenco de buenas palabras programadas y recogidas en un papel, hechas de pura teoría que sirve para cumplir requisitos burocráticos y protocolos de impecable diseño, pero que rara vez se enfrenta al reto de su puesta en práctica.

Enseñar la diversidad de creencias y también de modos de no creer no resulta fácil. Hay un gran escollo metodológico para quienes estamos involucrados en el complejo mundo que combina educación y religión que es el religiocentrismo, esa horma distorsiva a la que todos nos amoldamos en alguna medida y de la que tomar mera conciencia de que existe ya es librarse de sus más perniciosos efectos, pues nos hace pensar o actuar privilegiando “nuestras” creencias (o increencias) y enseñando no lo que es y va

a ser, sino lo que queremos que sea y siga siendo: el mundo visto por medio de una mirada bien propia que inculcamos en nuestro estudiantado por el poder que nos otorga nuestra posición privilegiada de portavoces del aula.

Y se añade a la dificultad de reflejar respetuosamente la diversidad de creencias otro gran escollo, y es que ciertas facetas de lo religioso, frente a otras, resultan más fáciles de enseñar y compartir y tendemos a insistir en unas y desentendernos de las demás. Más fácil es transmitir lo que se vehicula por medio de escritos, de documentos, de iconografía, la religión legible, la religión visible, que nos llega con palabras, con imágenes, que alimenta nuestro logocentrismo, nuestro oculocentrismo, los ojos anegando nuestra comprensión y nuestra práctica docente. Pero, las religiones están hechas también de sonidos, de olores, del tacto, son movimiento y espectacularidad y, además, son recogimiento y silencios. ¿Cómo incluir esas facetas que son fundantes y fundamentales? Sin duda, hay que reflejarlas de alguna manera, ya que permiten explicar el arraigo de la identificación religiosa para tantos fieles. Son bien difíciles de integrar en un currículo docente, en el día a día del aula, pero son básicas para inculcar un respeto no solo anclado en la teoría, sino también en la práctica, respeto por la belleza de las creencias de los demás, por muy diferentes que sean a las propias, así como por la fuerza del no creer de otros, por muy ajena que pueda resultar para quienes creen. Respeto, en suma, por un mundo hecho de diversidad y rico justamente por tal cosa.

Y, ¿cómo se podría introducir en el aula esa necesaria experiencia práctica? Pues, quizá, uno de los caminos pueda ser abriéndonos a compartir nuestro espacio, invitando a quienes puedan ofrecer voces de las religiones en su multiplicidad. En las sociedades actuales, la diversidad religiosa está a la vuelta de la esquina. El problema es que, muchas veces, como planteábamos al comienzo de este prólogo, la invisibilizamos. Podemos tenerla en la mesa de al lado, y qué mejor testimonio, qué mejor interlocutor podemos invitar a que tome la palabra en el aula que los propios estudiantes o sus padres, para que compartan sus modos de creer y de vivir sus creencias o su increencia. O también abrir las aulas a otras figuras de respeto, otros liderazgos más allá de los de los profesores, potenciando así una portavocía múltiple y cercana, dando cancha a quienes, desde luego, muestran las miradas desde dentro, pero que, al estar entrelazadas desde la pluralidad, no se impongan unas respecto de otras, sino que ofrezcan una aproximación coral que fortalezca los contenidos prácticos y la actitud de escucha hacia lo distinto. Al hacerse experiencia compartida, pero conformada más allá

de la singularidad y sus certezas y exclusivismos, se puede conseguir que los estudiantes distingan las miradas religiocéntricas, las de quienes hablan desde sus creencias. En estos casos, miradas plenamente aceptables en el aula en cuanto testimonios puntuales, de las miradas analíticas que, al pluralizar necesariamente las aproximaciones, han de intentar abrirse a esa sabiduría de la complejidad conformada desde el conocimiento respetuoso a las diferencias y que matiza las propias creencias y las narrativas que testimonian una fe vivida, en el crisol de la pluralidad compartida.

Visibilizar las religiones en el aula se convierte, por tanto, en una experiencia que interpela al presente y potencia la resiliencia futura al ofrecer herramientas para afrontar la diversidad en cualquier ámbito. El gran reto es conseguir que esos diseños curriculares, que podemos llegar a ser tan duchos al teorizarlos, pasen el “valle de la muerte” de su aplicación en el aula, para que los conocimientos se fortalezcan en experiencia práctica y el olvido no los entierre entre la barahúnda de información que, así como resuena entre las paredes del aula al ser impartida, se difumina en la memoria de quienes oyen, pero no se molestan en escuchar y poco o ningún provecho sacan de las horas dedicadas a estas cuestiones que terminan por aborrecer a la par que se convierten en argumentos que terminan por alejarlos de la Escuela.

Madrid, España
16 de diciembre de 2019